

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

Examen Final

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR PABLO GONZALEZ, MTH EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO HI 201
HISTORIA DE LA IGLESIA

POR JOSÉ A SOTO APONTE #4148

SAINT JUST, P. R.

MAYO 11, 2024

Resumen Capitulo 55: El Protestantismo Norteamericano

El período comprendido entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión fue crucial para el desarrollo del protestantismo norteamericano y su influencia en la sociedad. Durante este tiempo, la iglesia se vio inmersa en los eventos políticos y sociales de la época, adoptando posturas que reflejaban las tensiones y los cambios que experimentaba la nación.

La Primera Guerra Mundial marcó un punto de inflexión para Estados Unidos y sus iglesias. A pesar de su inicial reticencia a unirse al conflicto, el país finalmente participó, aunque su impacto directo fue menor en comparación con Europa. Las iglesias, que en un principio abogaban por la no intervención, cambiaron de postura y apoyaron la guerra, contribuyendo a la propagación del fervor patriótico y la demonización del enemigo.

Sin embargo, este apoyo no estuvo exento de críticas. Algunos líderes religiosos abogaban por la paz y la moderación, mientras que otros adoptaban discursos más beligerantes e incluso racistas hacia los alemanes. Este período también vio la creciente influencia del Ku Klux Klan y el surgimiento del Red Scare, que alimentaron el temor a la influencia extranjera y la subversión interna.

La postura de las iglesias frente a la guerra y sus consecuencias tuvo un impacto duradero en la sociedad y en la percepción del papel de la religión en la política. Además, exacerbó las tensiones entre liberales y fundamentalistas dentro de las denominaciones protestantes, especialmente en torno a la enseñanza de la evolución en las escuelas públicas.

La prohibición del alcohol fue otro tema que dividió a la sociedad y a las iglesias. Si bien muchos líderes religiosos apoyaron la medida como parte de un movimiento de reforma moral, su implementación demostró ser problemática y contribuyó a la corrupción y el crimen organizado. La revocación de esta ley marcó un punto de inflexión en la percepción de la capacidad del gobierno para legislar sobre cuestiones morales.

La llegada de la Gran Depresión sacudió los cimientos del optimismo y el progreso que habían caracterizado la década de 1920. La crisis económica expuso las fallas del sistema capitalista y generó un profundo cuestionamiento sobre las políticas económicas y sociales. En este contexto, surgieron nuevas corrientes teológicas que criticaban el optimismo ingenuo del protestantismo tradicional y abogaban por una comprensión más realista del pecado y la gracia.

Las obras de teólogos como Karl Barth y los hermanos Niebuhr ganaron influencia, ofreciendo una visión más crítica de la sociedad y la religión. Mientras Barth enfatizaba la necesidad de una fe fundamentada en la Palabra de Dios, los Niebuhr exploraban las implicaciones éticas y sociales del cristianismo en un mundo marcado por la injusticia y el sufrimiento.

Estos desarrollos teológicos se reflejaron en las posturas de las iglesias frente a la crisis económica y la creciente amenaza de la guerra. Si bien algunos líderes religiosos apoyaron las políticas intervencionistas del gobierno de Roosevelt, otros se mostraron escépticos y defendieron una visión más conservadora del papel del Estado y la economía.

La entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial dividió aún más a la sociedad y planteó nuevos desafíos éticos y morales para las iglesias. Si bien muchos líderes

religiosos apoyaron el esfuerzo bélico, otros se opusieron por motivos pacifistas o por preocupaciones sobre los horrores de la guerra y la amenaza del totalitarismo.

Así que, el período entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión fue un momento de profundos cambios y desafíos para el protestantismo norteamericano. Las iglesias se vieron enfrentadas a dilemas éticos y políticos complejos, y su respuesta a estos desafíos moldeó su papel en la sociedad y su influencia en la cultura estadounidense.

Las décadas de la post-guerra en Estados Unidos fueron testigos de un auge económico sin precedentes, marcado por la era atómica y la Guerra Fría. La generación del "baby boom" se crió en un contexto de prosperidad material y movilidad social, con un énfasis en los suburbios como nuevos centros de estabilidad y aceptación social. Sin embargo, este período también estuvo marcado por la paranoia anticomunista, encabezada por figuras como el senador Joseph McCarthy.

Las iglesias experimentaron un rápido crecimiento en los suburbios, con una época dorada para la arquitectura eclesiástica y el surgimiento de movimientos evangelistas, como la Asociación Evangelizadora de Billy Graham. Sin embargo, las principales denominaciones perdieron contacto con las masas urbanas y rurales, y surgieron tensiones internas sobre la verdadera naturaleza de la fe y su papel en la sociedad.

Mientras tanto, el movimiento negro cobraba impulso, liderado por figuras como Martin Luther King Jr., en una lucha por la igualdad de derechos civiles y la justicia social. Este movimiento, impulsado por la fe cristiana, abrió el camino para una teología negra que conectaba la liberación espiritual con la lucha por la justicia social.

Paralelamente, el movimiento de liberación femenina ganaba terreno, desafiando las estructuras patriarcales tanto en la sociedad como en la iglesia. Las mujeres buscaban igualdad de derechos y oportunidades, incluida la ordenación en el ministerio. Este movimiento también generó una revisión de la teología desde una perspectiva feminista.

La guerra en el Asia Sudoriental y el escándalo de Watergate contribuyeron a una creciente desilusión y cuestionamiento de la moralidad y la justicia en la sociedad estadounidense. Las iglesias se vieron afectadas por estas crisis sociales y políticas, dando lugar a una diversidad de enfoques teológicos y sociales, desde el conservadurismo moral hasta el activismo por la justicia social.

El movimiento carismático también se expandió, influenciando a diversas denominaciones y generando debates sobre su impacto en la vida religiosa y social. Mientras tanto, los evangélicos experimentaron divisiones internas entre aquellos que se aferraban a los valores tradicionales y aquellos que abogaban por un compromiso más activo con la justicia social y económica.

En resumen, las décadas de la post-guerra en Estados Unidos fueron un período de transformación social, política y religiosa, con movimientos que desafiaban las estructuras de poder establecidas y buscaban una sociedad más justa y equitativa. Las iglesias, en medio de estos cambios, se enfrentaron a la tarea de responder a los desafíos de una era de cambio y crisis.

Resumen Capitulo 55: El Catolicismo Romano

El texto ofrece un análisis detallado de la historia del catolicismo romano desde el período del pontificado de Benedicto XV hasta Pío XII. Destaca la continuidad en la actitud conservadora de la Iglesia Católica Romana, influenciada por los eventos históricos y políticos de la época, como la Primera y Segunda Guerra Mundial, así como el ascenso del fascismo y el nazismo en Europa.

Benedicto XV (1914-1922) y Pío XI (1922-1939) mantuvieron una postura más abierta hacia el mundo moderno, con esfuerzos por promover la obra misionera y la participación del laicado en la vida de la iglesia. Sin embargo, ambos papas también enfrentaron desafíos relacionados con el ascenso del fascismo y el nazismo, con acuerdos y desavenencias con estos regímenes autoritarios.

Pío XII (1939-1958), caracterizado por su autoridad jerárquica y su postura conservadora, enfrentó la Segunda Guerra Mundial y fue criticado por su supuesta neutralidad frente a las atrocidades nazis, especialmente en lo que respecta a la persecución de judíos. A pesar de su oposición al comunismo, promovió la unidad europea y apoyó regímenes conservadores como el de Franco en España.

Aunque Pío XII introdujo algunos cambios, como el fomento de la internacionalización de la Iglesia y la promoción de la reforma litúrgica, su pontificado marcó principalmente una continuación de la postura conservadora establecida por el Concilio de Trento y el Primer

Concilio Vaticano. Estos eventos históricos y políticos sentaron las bases para el Segundo Concilio Vaticano y las reformas posteriores en la Iglesia Católica Romana.

El papado de Juan XXIII, que abarcó desde 1958 hasta 1963, se destacó por su naturaleza sorprendente y transformadora. Desde su elección como papa, enfrentó expectativas y desafíos considerables. A sus setenta y siete años, muchos lo vieron como un pontífice de transición, destinado a ofrecer estabilidad mientras la Iglesia decidía su futuro curso. Sin embargo, Juan XXIII rápidamente demostró ser un líder con una visión única y una profunda conexión con las necesidades del mundo contemporáneo.

La elección de su nombre, Juan, previamente asociado con figuras polémicas en la historia de la Iglesia, mostró su disposición a desafiar las convenciones establecidas. Su inesperada decisión de visitar los barrios pobres de Roma causó consternación entre algunos sectores eclesiásticos, pero demostró su compromiso con los principios del Evangelio y su deseo de acercarse a los menos privilegiados. Aunque algunos temían que su simplicidad pudiera ser insuficiente para las complejidades del papado, Juan XXIII demostró ser un líder experimentado y sabio, con una destacada trayectoria diplomática en lugares como Estambul y París.

Uno de los aspectos más significativos de su papado fue la convocatoria del Segundo Concilio Vaticano. Esta iniciativa, anunciada apenas tres meses después de su elección, despertó tanto esperanza como aprensión dentro de la jerarquía de la Iglesia. Históricamente, los concilios se habían convocado para abordar cuestiones urgentes, como la condena de herejías, pero Juan XXIII creía que era el momento de abrir la Iglesia al mundo moderno y restaurar la comunicación perdida.

El Concilio Vaticano II comenzó en 1962 con una apertura sin precedentes hacia una amplia gama de temas, incluida la liturgia, la unidad cristiana y la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo. Aunque muchos documentos preparatorios reflejaban una postura conservadora, el tono del Concilio cambió bajo la influencia de Juan XXIII y la diversa composición de los obispos participantes, que representaban una amplia gama de perspectivas geográficas y teológicas.

Aunque Juan XXIII falleció antes de ver los resultados finales del Concilio, su sucesor, Pablo VI, continuó su obra. A pesar de su naturaleza más conservadora, Pablo VI reconoció la necesidad de seguir adelante con el Concilio y abordar los desafíos planteados por la era moderna. El Concilio resultó en una serie de reformas significativas, incluida la autorización del uso de idiomas vernáculos en la liturgia y una mayor apertura hacia el diálogo ecuménico y el mundo secular.

A pesar de la resistencia interna y las divisiones dentro de la Iglesia, el Concilio Vaticano II dejó un legado duradero que influyó en la postura de la Iglesia Católica frente a una serie de temas sociales, políticos y teológicos. Sus documentos, que abordaban cuestiones como la libertad religiosa, los derechos humanos y la relación entre la Iglesia y el mundo moderno, representaban un cambio significativo en la forma en que la Iglesia se relacionaba consigo misma y con el mundo que la rodeaba.

El papado de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II marcaron el comienzo de una nueva era para la Iglesia Católica, caracterizada por un mayor compromiso con la apertura, el diálogo y la relevancia en el mundo contemporáneo. Aunque surgieron tensiones y desafíos en el proceso de implementación de las reformas conciliares, el impacto a largo plazo del Concilio fue

innegable, y sentó las bases para una Iglesia más dinámica y comprometida con los desafíos del mundo moderno.

El Segundo Concilio Vaticano marcó un punto de inflexión en la historia del catolicismo romano, sorprendiendo al mundo con sus actitudes y decisiones. Sin embargo, estas posturas no surgieron de la nada; estaban arraigadas en movimientos teológicos que se gestaron décadas antes del Concilio. Durante medio siglo previo, diversos teólogos, aunque fieles a la fe católica, vieron su labor desconocida o rechazada por el Vaticano.

Uno de los más destacados fue Pierre Teilhard de Chardin, cuyo enfoque original combinaba la fe con la teoría de la evolución. A pesar de ser ostracizado por Roma, sus escritos circularon clandestinamente y tuvieron un impacto significativo, especialmente al desafiar la visión darwiniana de la evolución con su concepto de la "ley cósmica de la complejidad y la conciencia". Teilhard postulaba que la evolución tendía hacia lo más complejo y consciente, culminando en un "punto omega" representado por Jesucristo, donde la humanidad se uniría plenamente con Dios.

La influencia de Teilhard se extendió más allá de la teología, inspirando a otros a considerar la escatología como un punto central en su pensamiento teológico, así como a explorar la participación humana en los propósitos divinos y la unidad entre lo material y lo espiritual.

Henri de Lubac, otro destacado teólogo, abogaba por una visión más amplia de la tradición católica, criticando la estrechez de la teología contemporánea y promoviendo una mayor apertura hacia el mundo moderno. Aunque silenciado por Roma, su visión encontró eco

en el Concilio Vaticano II, especialmente en los documentos que abordaban la relación entre la Iglesia y el mundo.

Yves Congar, también influenciado por la experiencia del mundo moderno, abogaba por una iglesia más centrada en el pueblo de Dios y el laicado, mostrando una apertura hacia el ecumenismo y una visión menos jerárquica de la Iglesia. A pesar de la oposición inicial de Roma, sus ideas influyeron en los documentos conciliares sobre la naturaleza de la Iglesia y su relación con el mundo moderno.

Karl Rahner, uno de los teólogos más importantes del siglo XX, combinaba la tradición con el mundo moderno, destacando el carácter misterioso de la existencia y la necesidad de colocar el misterio en el centro de la vida cotidiana. Su enfoque influyó en el Concilio, especialmente en la visión del episcopado como un colegiado, lo que permitía una mayor adaptación a las diferentes culturas y sociedades.

En resumen, el catolicismo romano en el siglo XX experimentó una apertura al diálogo con el mundo moderno, impulsado en parte por la labor de estos teólogos visionarios. Aunque enfrentaron oposición y censura por parte de Roma, sus ideas contribuyeron al renovado vigor de la Iglesia Católica en el Concilio Vaticano II, marcando una nueva era de vitalidad y relevancia en la historia de la Iglesia.

